



Reseña: George Reisch y la Guerra Fría como debate intelectual

Reisch, G. (2009). *Cómo la Guerra Fría transformó la filosofía de la ciencia. Hacia las heladas laderas de la lógica*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Hernán Comastri
Universidad de Buenos Aires
hernancomastri@yahoo.com.ar

Poco ha cambiado en los últimos cien años. Hoy, como a principios del siglo XX, existe una tensión permanente dentro de la ciencia entre aquellas tendencias intrínsecas hacia la unidad y sus opuestas tendientes a la desunión y la autonomía absoluta de cada disciplina particular. Éste es el argumento central de George Reisch en *Cómo la Guerra Fría transformó la filosofía de la ciencia. Hacia las heladas laderas de la lógica* (2009, publicado por Universidad Nacional de Quilmes). No es casual, entonces, que la primera línea del libro haga referencia a la teoría de cuerdas, en la que los físicos contemporáneos depositan sus esperanzas de una unión entre las teorías de la mecánica cuántica y de la relatividad general, hasta hoy irreconciliables. Este ideal de integración es similar al que desde fines de la década de 1920 impulsó al Movimiento de Unidad de la Ciencia de Otto Neurath, Charles Morris, Rudolf Carnap y Philipp Frank; si hoy el mismo aparece aislado y completamente despolitizado no es sólo por las ya mencionadas tendencias hacia la desunión sino también (y, según Reisch, principalmente) por presiones externas al campo científico en los Estados Unidos de las décadas de 1940 y 1950. Y así se llega a un segundo elemento (éste mucho más controversial que el primero) que da actualidad al abordaje del autor: ¿Puede compararse el poder del anticomunismo norteamericano de mediados del siglo XX (del que el macartismo fue sólo parte) para “minimizar el disenso y cultivar el antiintelectualismo y la conformidad política” con las contemporáneas presiones sociales en torno a las políticas antiterroristas post 11 de septiembre?



Autores y Polémicas: panorama intelectual de las décadas del '30 y '40

Publicado en 2005 por la Universidad de Cambridge, el libro de Reisch reúne y completa sus anteriores estudios de historia intelectual sobre el empirismo lógico, el movimiento de Unidad de la Ciencia en Europa y luego Estados Unidos, y sus transformaciones al calor de la Guerra Fría. Artículos como "Planning science: Otto Neurath and the International Encyclopedia of Unified Science", publicado por el *British Journal for the History of Science* en 1994, o "Pluralism, Logical Empiricism and the problem of Pseudoscience", publicado por *Philosophy of Science* en 1998 (por citar sólo algunos), adelantan muchos de sus principales argumentos. Por otra parte, "Doomed in Advance to Defeat? John Dewey on Reductionism, Values and the Unity of Science Movement", colaboración para *Paris-Wien: Encyclopaedien im Vergleich* en 2005, se convirtió, ese mismo año y con el mismo nombre, en un capítulo de *Cómo la Guerra Fría...* Así compuesto, por momentos el libro carece de una clara línea de argumentación que facilite su lectura por parte de todos aquellos que no se especializan en el tema o el período trabajado por Reisch. Vistas en conjunto, sin embargo, sus hipótesis centrales son bien expuestas y fundamentadas.

En 1929 el Círculo de Viena (y más específicamente, su ala izquierda) hizo público un manifiesto que llamaba a la coordinación de las distintas ciencias con el objetivo de convertirlas en herramientas para la planificación racional de una vida social superadora de las prácticas oscurantistas y reaccionarias de la pseudociencia y el pensamiento absolutista. Si bien no de manera explícita, el manifiesto expresaba las tendencias políticas de sus miembros: un socialismo internacionalista, aún no desencantado con la experiencia soviética, que encontró terreno fértil en la Europa de entreguerras, hasta el ascenso del nazi-fascismo y las primeras amenazas de guerra en el continente. Desde el punto de vista puramente intelectual, por otra parte, el grupo partía de las ideas del empirismo lógico, de allí el énfasis depositado en la epistemología de las ciencias. El traslado del Movimiento a los Estados Unidos resulta exitoso gracias a los propios intelectuales norteamericanos (especialmente de Nueva York) que adhieren al proyecto de los emigrados europeos de promover una revista especializada, congresos sobre filosofía de la ciencia y una Enciclopedia de la Ciencia Unificada, recursos que el grupo usaría para posicionarse en la nueva escena académica y polemizar con las tendencias que desde un primer momento les son contrarias. Durante toda la década del '30 y hasta fines de la guerra, las críticas desde la izquierda y la derecha política se dan principalmente en los ámbitos especializados y, en menor medida, en publicaciones de divulgación que sin embargo mantienen un alto nivel de sofisticación epistemológica. El panorama cambia, por supuesto,



hacia fines de la década del '40: el anticomunismo como política de Estado entierra la discusión puramente académica bajo las investigaciones y persecuciones de los servicios de inteligencia, la paranoia en torno a la seguridad nacional, la infiltración comunista y la defensa a ultranza de valores absolutos como "Patria" y "Libertad".

Si bien este último punto constituye el centro de la investigación de Reisch, el libro (de 479 páginas, organizado en un prefacio y dieciocho capítulos) está dedicado en buena medida a reconstruir las trayectorias personales e intelectuales de cada uno de los involucrados en el fracasado intento del empirismo lógico por convertirse en un amplio movimiento social y cultural. Así, el orden no es necesariamente cronológico, sino que más bien propone el abordaje de temas acotados que preparan el terreno para el desarrollo de las hipótesis principales. En este sentido deben entenderse las presentaciones de los diferentes autores y debates, por momentos repetidos. Los primeros siete capítulos se encuentran por completo dedicados a los avances del grupo antes de los cambios impuestos por la Guerra Fría. En ellos se estudian las posiciones comunes y divergentes entre los principales referentes del Movimiento (ya mencionados) así como de sus principales colegas y partidarios tanto en Europa como en Estados Unidos (Hans Reichenbach, Carl Hempel, Ernst Nagel, W. V. O. Quine, etc.). También se avanza en un interesante estudio sobre el ambiente intelectual en el que el grupo busca insertarse luego del exilio europeo. Para ello reconstruye de manera muy accesible las divisiones dentro de la izquierda filosófica en la Nueva York de 1930 a partir de la cercanía relativa de cada grupo con el Partido Comunista y con el materialismo dialéctico, agregando una breve presentación de las principales publicaciones periódicas a través de las cuales los mismos grupos dejaban sentadas sus posiciones. Teniendo siempre en cuenta las numerosos cruces y superposiciones entre autores que no siempre adherían a un sector de forma excluyente, estas serían las siguientes: *Philosophy of Science* para la (que Reisch llama) Izquierda Liberal Pragmática; *Partisan Review* para la Izquierda Socialista; *Science & Society* para la Izquierda Académica Radical, y *The Communist* para la Izquierda Comunista. Con cada uno de estos grupos, el Movimiento de Unidad de la Ciencia tendrá un acercamiento distinto, dictado, en buena medida, por sus coincidencias programáticas, ideológicas o académicas, pero también por relaciones personales que Reisch reconstruye con éxito.

Llegando al periodo que más le interesa, el autor repite el proceso con aquellos intelectuales que se oponen al Movimiento, ya sea desde el propio empirismo lógico o desde perspectivas filosóficas divergentes. El neotomismo, por ejemplo, opuso su propio proyecto de unidad de las ciencias al del empirismo lógico. En él ya no son, sin embargo, las propias ciencias las que deben construir esta unidad "desde abajo"; al carecer de valores, tanto la ciencia como la filosofía resultarían incapaces de ordenar la vida social de forma positiva. Por el



contrario, el esquema unificador debería ser necesariamente una imposición extracientífica, un ordenamiento de las ciencias acorde con, y subordinado a, sus propios “méritos intrínsecos” dentro de una jerarquía aristotélica del conocimiento. Mortimer Adler y Robert Maynard Hutchings, presidente de la Universidad de Chicago, fueron los principales representantes de esta tendencia.

De la intelectualidad de Nueva York, por otra parte mayoritariamente bien predispuesta al Movimiento (John Dewey, Meyer Schapiro, Max Eastman, etc.), también surgen figuras que polemizan con sus presupuestos filosóficos y critican sus objetivos políticos. Horace Kallen, por ejemplo, defiende la “idea norteamericana”, que él interpreta como una forma de pluralismo radical opuesto a cualquier tipo de homogeneización, control o planificación, pues los mismos desembocarían necesariamente en el totalitarismo. Mientras tanto, las denuncias de León Trotsky en el exilio se sumaban a las primeras noticias sobre las purgas estalinistas para impulsar una revisión respecto a la experiencia soviética y a la posibilidad misma de la planificación socialista. Muchos intelectuales abandonaron entonces antiguas simpatías hacia las ideas socialistas para girar hacia la derecha política. Entre ellos, Sidney Hook, quien con la pasión de un recién converso liderará las denuncias y persecuciones anticomunistas en el ámbito académico. Sus intercambios epistolares con miembros del Movimiento incluyen amenazas apenas veladas (comparando, entre otras cosas, la oposición a la Guerra Fría con la prédica pacifista de la *Bund* Germano-Norteamericana en 1940) que remiten directamente al inciso de la ley Mc Carrant que habilita la construcción de campos de concentración en caso de una guerra con la Unión Soviética, o a la “lista de detención en custodia” que J. Edgar Hoover podría utilizar en la misma, aparentemente inevitable, situación.

Sobrevivir a la Guerra Fría: resultados de un proceso de selección

A partir de casos particulares, Reisch reconstruye cómo las campañas anticomunistas transformaron las diferencias intelectuales en torno a la cultura y la política soviéticas (entre otros temas polémicos) en diferencias de lealtad nacional. La “transformación” a la que remite el título del libro necesita, sin embargo, una aclaración previa de Reisch que enriquece su aporte porque logra integrar las discusiones estrictamente intelectuales con el clima de época y las presiones políticas y sociales propias de la histeria macartista: “Los filósofos de la biología distinguen entre el cambio evolutivo apuntalado por la *transformación* y la *selección* dentro de una población. Aquí, ‘transformación’ no es usada en un sentido técnico, sino que refiere a un proceso de cambio profesional y disciplinario que fue, mayormente, seleccionista” (Reisch,



2009, p. 16). Este proceso de selección entre la “población” científica representa el aporte metodológicamente más significativo de este trabajo. En primer lugar, porque ofrece un modelo para futuros estudios de historia intelectual que busquen dar cuenta del cambio antes que de la continuidad, y que reconozcan la influencia de factores externos al campo científico sobre los criterios de reconocimiento, financiación y “éxito” en el mismo. En segundo lugar, porque ofrece una interesante relectura del ya clásico libro de Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (University of Chicago Press, 1962).

Escrito como colaboración para la International Encyclopedia of Unified Science de Neurath, *La estructura de las revoluciones científicas* comparte muchos de los intereses y objetivos del Movimiento. ¿Por qué, entonces, la influencia del libro de Kuhn y el relativo olvido de los trabajos del empirismo lógico sobre las conexiones entre ciencia, sociedad e historia? Retomando análisis recientes, Reisch señala que la respuesta no puede ser encontrada en algún descubrimiento o desarrollo novedoso por parte de Kuhn, sino más bien en su adecuación a un nuevo escenario científico: el del patrocinio estatal (y en buena medida militar) de la ciencia y la investigación en el marco de la Guerra Fría. Aquella situación en la que se borran las fronteras entre las disciplinas y la filosofía aparece como recurso de avances revolucionarios no sería ya el ideal a alcanzar, como planteaba el empirismo lógico de las décadas del '30 y el '40, sino más bien un pasajero período de crisis. Según esta teoría de los paradigmas científicos, los verdaderos avances en ciencia se logran durante los períodos de *ciencia normal*, en los cuales el científico trabaja aislado del resto de las disciplinas y sin necesidad de conocer los fundamentos básicos o los alcances últimos de su quehacer; le basta aplicar el conjunto de prácticas y conocimientos que le fueron legados para resolver los rompecabezas que el mismo paradigma le señala como válido.

Las similitudes con la organización actual de los complejos nacionales de ciencia y tecnología resultan obvias. Si en la actualidad continúan vivas las tendencias hacia la unidad de las ciencias, lo que hoy está ausente, sin embargo, es una filosofía de la ciencia que articule esta búsqueda. Disciplinas aisladas, extremadamente especializadas (en muchos casos hasta el absurdo) y preferentemente despolitizadas son la herencia de la década del 50, en la que si bien la ideología no encontró su fin, como muchos desde entonces propusieron, sí al menos sufrió un traumático proceso de homogenización. En palabras de Reisch: “Tal vez la torre de marfil de posguerra funcionaba más bien como una especie de campo de concentración al cual eran arreados los intelectuales por parte de una sociedad mayormente antiintelectual y luego se les permitía dedicarse a cualquier tipo de indagación en la que desearan incursionar, siempre y cuando su erudición permaneciera claramente desconectada de su política radical” (p. 456). Esta afirmación, tal vez más polémica que realmente descriptiva, no resulta tan exagerada



luego de leer sobre los ya mencionados preparativos del FBI y el Estado norteamericano en caso de guerra con la Unión Soviética, o sobre el accionar de la CIA, que cubrió un abanico de operaciones tan amplio que iba desde la investigación de los vínculos con la KGB de intelectuales cercanos al Movimiento (como por ejemplo William Malisoff) hasta la financiación (con ayuda de la fundación Rockefeller) de congresos para la Libertad de la Cultura que impulsaban la “idea norteamericana” tanto en el país como en el exterior.

Aunque la gran cantidad de autores presentados pueda hacer que la primera parte del libro resulte de lectura más difícil, la escritura ágil y concisa de Reisch, así como un muy cuidado trabajo de edición y traducción (son numerosas las notas al pie del traductor, que aclara conceptos en lengua extranjera, referencias a otros trabajos o aún corrige citas incorrectas del autor), hacen accesible un estudio que de otra manera podría resultar demasiado complejo. Creado como “un protocolo de lectura del correo de estos filósofos”, *Cómo la Guerra Fría...* gana en interés y novedad cuando logra complementar aquel estudio de la historia intelectual con una historia social más amplia, que marcó décadas enteras de vida intelectual y que recién comenzaría a dejarse atrás, ya entrada la década del 60, con el activismo estudiantil por los derechos civiles y en contra de la guerra de Vietnam. Y que tal vez hoy amenace reaparecer, cambiando comunismo por terrorismo, y marxismo por Islam.